

## LA FUNCION TERRORISTA DEL LENGUAJE

A lo largo de los tiempos, la historia del pensamiento se escribe como sucesión intermitente, irregularmente cíclica, de nuevas concepciones que pugnan por abrirse paso, desbordando las anteriores teorías. Surgen así las revoluciones teóricas, que establecen nuevos criterios y definiciones de lo que se busca establecer como el ámbito propio de lo racional. Todas estas revoluciones, en efecto, pretenden constituirse como modelos terapéuticos de los antiguos sistemas doctrinales, buscando instaurar, al propio tiempo, sus propias concepciones de cuál deba ser el reino de la autenticidad racional en el pensar y el obrar.

Tanto las nuevas concepciones teórico-filosóficas como las doctrinas eclipsadas jugaban con un supuesto operativo común: su profunda convicción, de corte ilustrado, en el poder de la idea; la creencia básica de que la razón era absoluta y suficiente en sí misma y que su poder autonómico —una vez precisado en su justa definición— se extendía a toda la esfera del ser y actuar humanos. No podría darse, por consiguiente, una humanidad renovada sin un molde teórico previo, y, viceversa, toda nueva teoría haría surgir inevitablemente un nuevo modo de comportamiento. Como el relámpago precede al trueno (Heine), el pensamiento había de preparar todo cauce de posible acción. Como el joven Marx decía, la teoría se hace acción, praxis, al prender en las masas.

Frente a esta orientación tradicional, Kant vino a representar la revolución en profundidad, el corte por antonomasia que acaba con la utopía mítica de que lo especulativo puro engloba las posibilidades mismas de lo real. Desde bases estrictamente filosóficas, Kant estableció los límites de la razón, dejando definitivamente fuera del ámbito de ésta la esfera del campo de los valores y las formas del actuar moral.

Kant ponía en entredicho, de este modo, las bases mismas de todo el quehacer intelectual tradicional. La orientación kantiana, a través

de Schopenhauer, se prolonga (A. Janik) en Kierkegaard, Tolstói, Unamuno y sus explícitas declaraciones de que la razón y la lógica son enemigas de la vida y del alcance íntimo de las creencias más profundamente humanas.

Pero la revolución «copernicana» de Kant sólo puede ser entendida en su plena fecundidad si se explicita el intento de establecer los límites de lo racional precisamente en la delimitación de las categorías *lingüísticas*. Así lo sospechó Benn y, más directamente, así lo entendieron los románticos alemanes, con Hölderlin —profundo conocedor de Kant— a la cabeza, al dejar establecida la radical incapacidad del lenguaje —lo racional— para expresar la realidad auténtica, la que está más allá de la apariencia e inmediata impresión de las cosas.

Si la búsqueda romántica de nuevos mundos implicaba el inquirir la posibilidad de unas nuevas formas lingüísticas, la literatura contemporánea ha hecho dogma fundamental de su quehacer, lo que el siglo XIX se limitó a dejar esbozado: la negación y rebeldía ante los valores establecidos han de estructurarse precisamente en la rebeldía y negación de las formas lingüísticas que los sustentan. Baudelaire se prolonga, de este modo, en la convicción de Valéry de que lenguaje y pensamiento han de ser destruidos de un modo necesariamente simultáneo. Todo cambio conceptual sólo es, pues, posible en la renovación de las bases lingüísticas y el establecimiento de nuevos cauces estilísticos. Joyce (sobre todo, el de *Finnegan's Wake*), Virginia Wolf, Benn, Montale, Ezra Pound, T. S. Eliot, W. Empson y la más reciente literatura hispanoamericana bien pudieran servir de ejemplos relevantes de esta orientación.

El punto culminante de este proceso, en el que se superponen el plano lingüístico y el teórico-filosófico, viene dado en el momento en el que lo que se pone en juego es la desaparición *radical* y absoluta de los valores de una cultura o sociedad determinadas. Con ello se está intentando, al mismo tiempo, el rechazo pleno de unos cauces lingüísticos dados.

No hay, en efecto, ningún lenguaje dado que posea la virtualidad de poder plegarse a las exigencias totales de la revolución radical de una razón y unos valores establecidos. Esta revolución es, en sí, la utopía mítica del mundo nuevo que, por aislar ficticiamente las exigencias de lo real, suscitara los irónicos comentarios de Marx. En cuanto utopía, es radical incomunicación con el momento presente y, en el fondo, pura negación. El sueño de Mallarmé de encontrar la expresión de lo negativo es imposible. Sólo quedaría, entonces, el

grito desgarrado de la abolición pura de las estructuras lingüísticas operantes (Sade), el «suicidio» del lenguaje (Mauthner), el reconocimiento de la revolución imposible por nuestra impotencia ante la tiranía de un logos gramatical que nunca se resignará a perder ciertos derechos propios (Jambet).

Surge así la literatura de lo negativo, renovadora del ideal romántico, al que lleva a las últimas consecuencias de su intento por encontrar la fundamentación última de la delimitación de unas estructuras lógico-lingüísticas que sean la negación de todo lo anteriormente pensable. Aquel tipo de literatura que pretende realizar el sueño bakuniniano de que la alegría de la destrucción es, en sí y por sí, la alegría de la creación.

Lo que hay que cuestionar, sin embargo, es la viabilidad de esta radicalidad programática, plasmación lingüístico-literaria de la teoría del «terrorismo de la idea», de Bauer. Nuestro intento consiste precisamente en establecer las bases de esta investigación a través de un somero examen de las tres últimas novelas publicadas de Juan Goytisolo. El «último» (1) Goytisolo, en efecto, viene a representar hoy día una de las más inquietantes, interrogadoras, meditaciones acerca de la función de la palabra y de la misión del artista.

## II

En *Señas de identidad*, Alvaro (Goytisolo) Mendiola decidió que resultaba obligación inexcusable el plantear y hacer aflorar las estructuras subyacentes a sus más íntimas vivencias. Pretendía, con ello, elevar al ámbito de un esquema de categorías el resultado de un análisis que, partiendo de las coordenadas concretas de una existencia determinada, busca la comprensión del sentido de un ámbito determinado de conceptos fundamentales de lo humano.

Para conseguir este objetivo, Alvaro juzga necesario volver a las fuentes originales de su propia historia individual. Hacer aflorar —mediante un retorno incesantemente autorreflexivo— la génesis de los pasajes más relevantes de su autobiografía. Llegar, en última intan-

---

(1) Creo apropiado hablar de un hiato significativo en la producción novelística de Goytisolo (Juan), lo que, por nuestra parte, no implicará valoración alguna de lo que sería su primera etapa. Para ello, nos remitimos al estudio de María del Carmen Aneiros «Visión del mundo y la sociedad en las novelas de Juan Goytisolo» (tesina inédita). Estudio que, aparte su mérito interno, tiene el adicional de la fecha (1967) en que fue escrito y defendido. Para nuestros propósitos, nos centraremos en las siguientes obras de Juan Goytisolo: *Señas de identidad* (citaremos *Señas*: Seix Barral, 1976), *Reivindicación del Conde Don Julián* (citaremos *Reiv.*: Seix Barral, 1976), *Juan, sin Tierra* (citaremos *Juan*: Seix Barral, 1975).

cia, a una *re-visión* crítica de su propia vida mediante un *re-vivir*, lo más fielmente posible, las situaciones pasadas que él configura—inventa—como eslabones básicos de su propia biografía, tomada en todo su conjunto.

Por ello, Alvaro se encarga de re-crear su propia historia mediante el intento de enlazar las vivencias con más fuerte contenido de su historia pasada con su condición presente de voluntario emigrado político. Finge, con este fin, el que cree experimento crucial: un viaje (no por imaginario menos real) a España, durante el cual revivirá el contexto sociológico-cultural que animó—dio forma—su vida pasada. Tiene la pretensión de un planteamiento cuasi científico de su problema, un mirar desapasionado, como el del investigador situado *frente* al problema que busca resolver:

«... la nostalgia de España se había desvanecido poco a poco, como si las raíces que te unieran a la tribu se hubiesen secado una tras otra como consecuencia de tu dilatada expatriación y de vuestra indiferencia recíproca» (*Señas*, 341; *ibid.*, 199).

Esta pretensión de objetividad es una falacia. Incluso en el campo de la ciencia no hay objetividad en sentido absoluto, sino que las conquistas en este campo dependen del contexto de una comunidad científica dada (2). Si se trata de la revisión reflexiva de nuestra propia historia personal, sólo puede hacerse reviviéndola a partir de nuestro proyecto existencial actual, por el que estamos engarzados en un *compromiso* (consciente o inconscientemente asumido) con unas determinadas formas de pensamiento y vida. Alvaro hace explícito ese autocompromiso que se concretiza en la negación del mundo cultural de su país y sus paisanos. Negación reveladora de una decisión que, poniendo en juego las resonancias más íntimas de la personalidad, no puede compaginarse con la postura del observador imparcial:

«como él quisiste romper con todo lo que recibiste de prestado con todo cuanto sin pedirlo tú te dieron ellos dios religión moral leyes fortuna» (*Señas*, 349).

Alvaro Mendiola, en fuerza a su situación presente, *previamente* a su declaración de identidad en el viaje a España, tiene ya elaborado un esquema estructural de categorías culturales que son en sí mis-

---

(2) Desde Popper hasta Feyerabend—pasando por Kuhn y Lakatos—, y a pesar de tan diversas posiciones, todos aceptan este punto como postulado básico.

mas, sin embargo, algo *derivado* y posterior a su decisión de ruptura y enfrentamiento con la sociedad española, que él finge contemplar en aquel momento, pero cuya delimitación conceptual ya había forjado en consonancia con el nuevo esquema lógico-estructural:

«orden promiscuo y huero del que habías intentado escapar, confiando, como tantos otros, en un cambio regenerador y catártico que, por misteriosos imponderables, no se había producido...»  
(*Señas*, 11-12).

Hay en este planteamiento una delimitación formal tendente a la codificación dicotómica de esquemas culturales irreconciliables entre sí: Alvaro ha apostado por un nuevo mundo (y, por ende, una nueva personalidad), que supone un cambio y una escapada regeneradora y catártica. Lo *otro* es lo imposible de codificar en relación alguna de continuidad con el polo contrario.

Para Alvaro sólo existen dos opciones, antitéticas, en función de unos determinados valores:

A: mediocridad, rencor, virtud, tristeza, privilegios de clase, decadencia;

B: lo opuesto a A.

Todos estos caracteres son las propiedades lógico-formales de unos polos básicos que concentran en sí la clave dinámica de la cuestión:

A': mundo cultural (religión, moral, leyes) de la sociedad española del 63;

B': mundo nuevo, al que se opta, opuesto a A'.

En cuanto codificación formal de la estructura funcional de una sociedad, Goytisolo no se detiene en la elaboración de un programa de opciones concretas cuyo contenido pueda ser válidamente aceptable como objetivo político a implantar en sustitución de la carga de contenidos que —se supone— subyacen en la opción A. Preocupado únicamente por el aspecto crítico socio-cultural, a Alvaro Menéndola no le queda más salida que la repulsa absoluta del esquema básico de valores, formalmente delimitado, de aquella primitiva opción. Repulsa que se concreta en la destrucción del carácter mítico que encierran las connotaciones culturales del propio país a que un individuo pertenece: ese país es el que suministra el marco socio-cultural, lo intersubjetivo, que es la raíz de nuestra personalidad.

A través de los lazos afectivos que enmarcan esta singular relación, se introduce una mítica (3) religación de paternidad-filiación: mi país es mi patria. Tras la negación de la opción A, lo que Alvaro Mendiola hace aflorar es su decisión de *re-negar* de su filiación natural. La liberación catártica (*Señas*, 11) implica poner en evidencia el carácter espúreo de la paternidad (maternidad) de su patria (matria). Para su hijo Alvaro, España no se ha comportado con la fidelidad y sentido propios de una madre: se ha convertido en una madrastra inmundada (*Reiv.*, 15), ha arrojado de su seno a los hijos más preclaros o más indigentes (*Señas*, 238-40; 318), obligándolos a emigrar, al tiempo que ella se vendía a los infames compradores del sol (*Señas*, 192), a los peritos en playas (*ibid.*, 199), a los rebaños de turistas (*ibid.*, 406).

Se produce así una doble corriente, *antinatural*, de invasiones (*Señas*, 373-74): la de los nuevos bárbaros, las gentes del Norte, que se apoderan del sol de la patria de Alvaro, frente a la de los hijos de España que han de emigrar, invadiendo Europa, de un modo anárquico, pero no por ello carente de sutileza (*Señas*, 239).

Ante el fenómeno de la desnaturalización surgida en la relación primaria paternidad-filiación, Goytísolo reacciona con una descripción fenomenológica, sin supuestos, de lo acaecido. Olvida inquirir la génesis del hecho de carecer de los cauces normales que proporcionan al hombre sus más auténticas señas de identidad y de ser, por consiguiente, un hombre sin tierra. Atengámonos únicamente al dato que hay que reflejar con la objetividad precisa que caracteriza a lo que ha sido dado, sin dejar lugar a rencores ni reproches:

«separémonos como buenos amigos puesto que aún es tiempo» (*Señas*, 420; 199).

De aquí podrá luego darse el paso a la generalización inductiva que nos ponga enfrente de un sentido paradigmático:

«la patria es la madre de todos los vicios... qué patria?: todas: las del pasado, las del presente, las del futuro...» (*Reiv.*, 134).

El falso espejismo de un desapasionado olvido se revelará, sin embargo, a continuación con toda su crudeza: renunciar a las señas naturales de identidad implica un acto positivo decisorio y un poner

---

(3) *Mítica* en sentido psicoanalítico, donde la carga imaginaria que conlleva todo mito no por eso deja de revelar su eficacia y operatividad en la creación de la propia personalidad, sobre todo en sus aspectos patológicos, por medio de las asociaciones libres.

en evidencia la culpabilidad del polo opuesto que posibilite la justeza (y justificación) de la decisión tomada. Es la propia patria de Alvaro la que ha faltado a su misión, entregándose a extraños y olvidando a sus hijos. Ante ello no caben posiciones frías, sino el grito rabioso de la rebeldía (cfr. *Reiv.*, 11, 15).

Grito rebelde cuyo fin inmediato es la destrucción y aniquilación de todo lo dado como condición indispensable de toda vía hacia el futuro:

«hacer almoneda de todo: historia, creencias, lenguaje: infancia, paisajes, familia: rehusar la identidad, comenzar a cero.» (*Reiv.*, 135).

### III

Pero destruir ¿qué? No las estructuras reales, objetivas de la sociedad. Eso pertenece a la esfera de un adecuado programa de eficacia política. En *Literatura y eutanasia* (4), Goytisolo ha denunciado la confusión que se ha apoderado de un gran número de escritores españoles al confundir los cauces de lo político y lo literario, acción y escritura, literatura y vida (*o. c.*, p. 52).

Con el fin de obviar este inconveniente de principio, Goytisolo delimita el campo *crítico* en que el escritor ha de situarse, campo que afecta al propósito autolegitimador que toda sociedad ha de poseer si busca su supervivencia y que se expresa en las formas culturales propias de aquella sociedad, formas que —a su vez— se plasman en unas formas lingüísticas. La función catártico-destructiva de la sociedad que Goytisolo propugna aparece referida a la destrucción de aquélla en su expresión en un contexto *lingüístico* determinado y preciso:

«En el vasto y sobrecargado almacén de antigüedades de nuestra lengua sólo podemos crear destruyendo: una destrucción que sea a la vez creación; una creación a la par destructiva.» «El mundo en que vivimos reclama un lenguaje nuevo, virulento y anárquico» (*o. c.*, p. 56).

La elección del plano lingüístico como objetivo primero a destruir, desmitificándolo, no resulta un azar, sino el producto de la reflexión consciente, que descubre en la lengua el contexto más vivencialmente ligador del hombre a su historia y tradición: es el «último lazo que, a tu pesar, te une irreductiblemente a la tribu» (*Reiv.*, 70).

---

(4) En *El furgón de cola* (París, 1967), pp. 44-58.

Y surge la paradoja. Porque Goytisolo es consciente de la imposibilidad de un *decir* objetivo e imparcial de nuestra propia filiación y del entorno concreto en que nos hallamos inmersos. La palabra está cargada del peso histórico de la tradición y el uso que de ella hagamos deviene partícipe del modelo que los *otros*, ya pasados, nos legaron.

A pesar de ello, Goytisolo pretende llevar adelante su programa de observador imparcial de sí mismo y su mundo-entorno y *comunicarlo* al lector. En función de esta comunicación, ya no será lo dado-real lo que importe, sino el decir mismo, el ceñirse a la palabra privada de connotaciones y cargas semántico-conceptuales del pasado (*Reiv.*, 124-125). Para ello será necesario proponer nuevas reglas de juego lingüístico, renegar del lenguaje dado, *traicionándolo* en la delimitación de cauces opuestos a los que sirven de vehículo del lenguaje de origen:

«... el verbo encadenado se libera, su arquitectura deviene fluida, la mezquina palabra despierta y ejecuta la implacable traición» (*Reiv.*, 126; 70).

El proceso desmitificador del escritor implica, en primer lugar, el «restituir su verdadero valor a los nombres como a los hechos o a las palabras» (5), lo que posibilita el que la denuncia del edificio semántico de una sociedad alienante sea, al mismo tiempo, crítica y denuncia de los fundamentos mismos de esa sociedad: «tarde o temprano, la experiencia nos obligará a reconocer que la negación de un sistema intelectualmente opresor comienza necesariamente con la negación de su estructura semántica» (6).

Sobre las bases expuestas de la teoría crítica que Goytisolo asume, la denuncia histórico-sociológica de la sociedad española que había sido el sostén ideológico de *Señas de identidad* se replantea, en el capítulo último de esta novela, desde un fundamento de crítica lingüística. La invasión turística se traduce en el dominio invasor de lenguas extranjeras (7) de los países económicamente más fuertes; la riada emigratoria de los españoles ha de ser tratada como eclosión de la lengua española a través de los países receptores de mano de obra emigrada (*Señas*, 239); la tierra-madre infiel es la lengua mancillada por «sofismas mentiras hipótesis angélicas aparentes ver-

---

(5) Recordemos, al respecto, al genio romántico: «Je nommai le cochon par son nom; pourquoi pas?»

(6) *El turgón...*, 15, 19.

(7) El final de *Señas* es el planteamiento más relevante de esta situación de «invadida» o «conquistada» en que se encuentra la lengua española. *Vid.* p. 422; también, 399, 402 y 408 y ss.

dades frases vacías cáscaras huecas alambicados silogismos buenas palabras» (*Señas*, 420); el adiós, por último, del novelista que decide abandonar para siempre su país se encuadra ahora igualmente en un contexto lingüístico: «mejor vivir entre extranjeros que se expresan en idioma extraño para ti que en medio de paisanos que diariamente prostituyen el tuyo propio» (*ibidem*).

Tenemos, pues, los siguientes conjuntos, dotados de unas especialísimas relaciones coimplicadoras:

|                          |   |                                 |
|--------------------------|---|---------------------------------|
| tierra materna           | = | lengua materna                  |
| España                   | = | lengua oficial (castellano)     |
| turismo                  | = | idiomas extraños                |
| emigración               | = | difusión del castellano         |
| infidelidad de la patria | = | lengua mancillada               |
| abandono de la sociedad  | = | expresión en lengua extranjera. |

Esta tesitura no encierra, en su planteamiento, una continuidad lógica con el desarrollo que Goytisolo había venido imponiendo a los capítulos anteriores de *Señas*. Se pasa del plano de la observación empírico-histórica al de una formalización arquetípica y su aplicación a un contexto concreto. El cambio crítico de estrategia (que va a pervivir y a ser profundizado en *Reivindicación* y *Juan sin Tierra*) buscará fundamentalmente establecer una correspondencia isomórfica entre las estructuras *sistemáticas* socioculturales y las estructuras *sistemáticas* lingüísticas, de tal manera que lo que aquí entre en juego no sea la descripción viva, real, de una realidad social que se llama a examen, sino el sentido mítico-simbólico de unas determinadas formas lingüísticas dotadas de una estructura lógica que sobrepasa los contenidos contingentes de la sociedad en que aquellas formas se han producido de hecho.

Goytisolo se burla, al modo cervantino, de aquel tipo de literatura que pretende ser «reflejo veraz y sincero de las sociedades en que se crea(n), merced a la introducción de personajes vivos y auténticos...» (*Juan*, 264) y de los supuestos teóricos de las corrientes del realismo literario (*ibid.*, 271). Si se da una obra literaria, su específica connotación de resultado de una inspiración y entramado lingüístico va más allá de las connotaciones concretas de la realidad vivida en su monótona permanencia (*ibid.*, 281).

Para Goytisolo, la nueva literatura ha de encontrar su autonomía en el propio contexto lingüístico, cuyos significados organiza en sistemas cerrados, cuya estructura formal, al ser revelada, puede inducir a un desarrollo semántico, siempre que éste no rebase los límites internos previamente fijados en aquellos sistemas. La estética de

vanguardia es la expresión poética de unos condicionantes simbólicos que afloran autónomamente en su propia complejidad lingüística, haciendo revivir nuevos lenguajes y abordando posibilidades increíbles de plurales sentidos.

La autonomía del lenguaje literario descubre —inventa— su relevancia significativa en la estructura misma literaria, sacrificando su pertenencia a un punto de origen, real y concreto, engendrador de la *producción* literaria y sacrificando, igualmente, su proyección al ámbito de la realidad, que, en un momento determinado, fue la explicitación de la trascendencia reveladora del lenguaje. La obra literaria deviene, así, un «desafío insolente a la realidad» (*Juan*, 77), que hace de su propia estructura lingüística la condensación de todos los valores. Hay una verdad inmanente al discurso literario, verdad que se delimita sin referencia alguna a la realidad trascendente al discurso mismo y a la que todo referente debe ser sacrificado (*Reiv.*, 175; *Juan*, 77). Atribuir a la consistencia interna del contexto la función de una inmanencia sin fisuras de valores lleva, de este modo, a encuadrar toda obra literaria en un formalismo globalizante que se hace principio y fin, al mismo tiempo, de sí mismo (*Reiv.*, 124; *Juan*, 312-13).

La función polisémica que, en cuanto categoría semántica autónoma, define la gama espectral de la obra literaria requiere, sin embargo, un criterio funcional que delimite la autenticidad específica de aquélla como operación artística. Esta delimitación operativa viene dada por el carácter liberador que tiene la literatura, cuando la obra literaria ha surgido como producto consciente de una opción del autor. Desligar la palabra de sunexo natural referencial y de su entronque primario en lo real implica poner en juego una función que rebasa el plano de la racionalidad de lo lingüístico.

El lenguaje tiene su natural consistencia lógica en tanto que es el asiento natural de la revelación de la realidad, y es por ello tributario de la ordenación lógica con que el hombre aprehende lo real: la lógica del mundo y la del lenguaje son inseparables. Decidirse por unas formas lingüísticas a las que se priva de esta función natural de asiento lógico de lo real lleva consigo una opción concreta desvinculante de lo real concreto, desligando al lenguaje de su nexoprimary. Este tipo de mundo literario resulta un mundo *creado* cuyos límites vienen dados y fijados por el contexto lingüístico en que se produce.

El artista-creador de un mundo literario plenamente autónomo adquiere, así, el derecho a inventar —crear— las leyes regidoras de este mundo. Dada, sin embargo, la autosuficiencia de este mundo lingüís-

tico-literario, la lógica que rija su configuración habrá de participar necesariamente de la decisión libre del artista, que en tanto será operativamente valiosa en cuanto contribuya a configurar la autonomía libre del universo lingüístico-artístico producido. Se tratará, en definitiva, de una lógica surgida —creada— fuera del contexto de la legalidad férrea de lo racional, siempre que a la razón se le siga atribuyendo como carácter definitorio suyo el de ser el substrato lógico de lo real. Una lógica, por ello, inabordable en el marco lingüístico natural que marcha acompasado con las estructuras del referente.

La declaración de Goytisoló de un nuevo programa estético está en función del rechazo que ha de hacerse de los viejos usos lingüísticos en cuanto substratos portadores de unos determinados valores culturales y modelos típicos constituidos de formas de conducta que la sociedad ha consagrado como norma de actuación y —por consiguiente— ha dotado de una estructura *lógica* a la que se hace aparecer como paradigma racional exclusivo. Por una parte, el plano lingüístico aparece, dentro del cauce de la tradición de una sociedad, en su específica consistencia; por otra parte, sin embargo, ésta sólo puede manifestarse en la intersección del plano cultural-normativo y del plano lógico-racional, que justifica la pervivencia de las tradiciones que fundamentan aquella sociedad.

Si el novelista propone un nuevo modelo estético-literario, éste no será posible más que a través de la destrucción del esquema lingüístico y de los valores que en él se sustentan. Frente al sistema tradicional (lo visible, lo *racional*, lo tolerado), la revolución lingüística que se propone carecerá de aquel soporte lógico, será lo nefando, *indecible*, oculto (cfr. *Juan*, 242).

«dividirás la imaginaria escena en dos partes: dicho mejor: en dos bloques opuestos de palabras: a un lado substantivos, adjetivos, verbos que denotan blancor, claridad, virtud: al otro, un léxico de tinieblas, negrura, pecado» (*Juan*, 30).

#### IV

Según Goytisoló, la manifestación lingüística de la estructura lógico-racional de la tradición se define fundamentalmente como *represión*. Represión que primariamente lo es del goce sexual, al que la sociedad ha tratado de desvirtuar a base de una sistematización de connotaciones peyorativas que hiciera posible un control por el que la sociedad sirviera sus propios intereses:

«raíces sexuales del poder político: o raíces políticas del poder sexual» (*Juan*, 124).

Esta sistematización se ha traducido en una clave general donde queda encuadrada la actividad sexual como aquello a lo que sólo se concede un valor social, no privado, sancionado por unas estructuras legales. La connotación social *priva* sobre la connotación *natural* del placer de lo sexual. La función privada del goce sexual queda fuera del orden lógico y es, por ello, *inexpresable* en la regularidad semántica del contexto racional del discurso. Lo racional viene dado en la carga semántica de las expresiones que fijan el carácter *productivo* de lo sexual y que integran el goce corpóreo en el contexto de las formas tecnológicas de la civilización occidental.

En el universo de discurso de las formas racionales de expresión, el goce sexual sólo deviene algo «valioso» si se prolonga en reproducción, cuyo resultado es la prole familiar, pero siempre que este resultado familiar quede institucionalizado precisamente a través de su inserción en el orden socioeconómico de la civilización de nuestro tiempo:

«nuestra enemiga inexorable: la Parejita ovillada en el calor de su nido hogareño, ... presta a crecer en progresión geométrica... fuente y origen de nuevas y herméticas celdillas colmenares... lápices de labios... coca-cola... neveras... viajes... dietas, gimnasia, curas de relajación» (*Juan*, 243; cfr. 67, 155-57).

Ello, en el contexto del programa de Goytisolo, conduce al establecimiento de dos órdenes de expresión estructuralmente opuestos entre sí y que encuentran su sentido precisamente en la oposición de sus planos internos:

a) universo de esclavitud:

lenguaje cosificado - objetividad lógica - reproducción familiar  
(expresión racional)

b) universo de la liberación:

lenguaje vivo - anomalía semántica - placer sexual (8)  
(indecible)

No está de más recordar que la triplicidad de planos opuestos no son meros condicionantes extrínsecos de cada uno de los dos

---

(8) Cfr. *Juan*, 244: «Única serie excluida: la lógico-procreadora: reino de la anomalía semántica, del goce yermo e improductivo: puro placer prohibido, réprobo, condenado, ilegal.»

reinos que componen, ni son mutuamente separables entre sí. Al estrato lenguaje-a) le hemos calificado como «cosificado», porque en la tesis de Goytisolo ha perdido su vitalidad e impronta propias al quedar supeditado (alienado) a la ordenación de la razón, concebida ésta como finalidad productiva que consagra un orden social (*Juan*, 73). Análogamente, el estrato de la objetividad lógica no puede ser formulado más que en unas coordenadas lingüísticas que incorporen en sí el orden social-productivo y, por consiguiente, lo racional viene dado como mutuamente implicado en y por la fiscalización ordenada del placer sexual. Este, por ello, queda subsumido en un orden lógico-lingüístico del que, a su vez, es elemento condicionante (cfr. *Juan*, 73).

El universo de liberación, por su parte, está igualmente regido por análogas leyes estructurales, bien que de signo opuesto. El lenguaje vivo, por oposición al cosificado, puede mostrar su vigencia autónoma *porque* se produce en el plano irracional de la fantasía, que restituye su valor y autenticidad al goce sexual, asumiendo todos los trasfondos semánticos de la expresión sexual en su patencia más inmediata (*Reiv.*, 171-174). Como ocurría en el universo-a), los planos del universo de liberación, mutuamente coimplicados entre sí, han de ser contemplados en la visión global de su transitividad interna, de tal manera que el lenguaje vivo y libre sea la expresión sexual del goce autónomo, improductivo, de lo sexual-irracional (*Juan*, 312-13; 298).

El lenguaje cosificado-racional-productivo es el instaurador por excelencia del orden que se asienta en la legalidad de lo productivo. Ello califica su condición instrumental al servicio de esta ordenación lógico-social, para lo cual oculta —sublimándolas— las expresiones de la manifestación natural del placer corpóreo, tomado éste en su máxima amplitud. Lo social es lo puro, es decir, el orden semántico que disfraza lo natural-inmediato («límpido y albo, irreprochable, puro») buscando una estabilidad indestructible y opuesta a lo temporal-histórico: «habla peninsular codificada e inmóvil, acumulación de proverbios y de frases hechas, vasto panteón de secular excremento idiomático!» (*Juan*, 107). Con ello, el plano de lo objetivo se resuelve como disfraz semántico que oculta los hechos revistiéndolos del lenguaje impuesto por la estructura de lo civilizado, lenguaje al que previamente se le ha desgajado de las raíces de su sentido originario: *vid. ibid.*, pp. 126, 131.

De este modo se consuma la falacia del lenguaje-encubridor de las estructuras que llevan en sí la vigencia de lo real. Este tipo de lenguaje inventa sus propias estructuras expresivas y discursivas pero no con un fin creador sino tendiendo a hacer de la palabra el artificio

útil que se pone al servicio de las superestructuras ideológicas y sociales y sus más directos intereses (*Reiv.*, 177). Se llega así a un plano «sintactiquero, figurón, tauromático» (*ibid.*, 55) donde la materia verbal carece de un espíritu informador consistente y se traduce en papilla dialéctica (*ibid.*, 28) que ahoga la riqueza semántica de las formas verbales, aisladas de su génesis originaria de manifestación en lo histórico:

«en la vieja e inhóspita biblioteca que diariamente visitas has comprobado pacientemente los abusos del verbo: cuánta excrecencia parasitaria y rastrera!: palabras, moldes vacíos, recipientes sonoros y huecos: ... vuestra aparente salud es un grosero espejismo: el agitado trasegar de los siglos ha disipado vuestra fortaleza: la luz que os aureola no existe: el astro que la emitía murió hace diez mil años: hay que extender vuestro certificado de defunción: el servilismo y docilidad de que dais muestra acreditan la tesis de vuestra infamia: ...» (*Reiv.*, 156-57).

## V

Asumir lo que considera las exigencias auténticas de lo real exige, por todo ello, la puesta en práctica de un lenguaje radicalmente nuevo que imponga una autonomía axiológica al margen de los cauces impuestos por la lógica y la sociedad tradicionales, poniendo en evidencia la trampa del lenguaje que, con el paso del tiempo, acaba por servir de ceiosía ocultadora de la fuerza originaria de la vivacidad de lo real:

«hay que rescatar vuestro léxico: desguarnecer el viejo alcázar lingüístico: adueñarse de aquello que en puridad os pertenece: paralizar la circulación del lenguaje: chupar su savia: retirar las palabras una a una hasta que el exangüe y crepuscular edificio se derrumbe como un castillo de naipes» (*Reiv.*, 196).

El programa de Goytisolo quiere ser la revelación de la paradoja que matiza el quehacer literario: para poder llamar a las cosas por su nombre, no son los hechos mismos los que se constituyen en modelo de la expresión sino que ello sólo se consigue en la libertad, incesantemente renovada, del plano del lenguaje artístico. Únicamente el lenguaje en sí, sin ligaduras connotacionales (des-interesado), podrá recuperar—en la eclosión de su virtualidad inventiva—la esfera de lo rechazado en la tradición:

«la habilidad del relato suplanta la dudosa realidad de los hechos, tu victoria de artista consagra la gesta inútil del militar: descartarás, pues, con desdén la gloria fundada sobre la impostura y decidirás abandonar para siempre tus hueras presunciones de historia-

dor: renunciando a las reglas del juego inane para imponer al lector tu propio y aleatorio modelo en lucha con el clisé común: sin disfrazar en lo futuro la obligada ambigüedad del lenguaje y el ubicuo, infeccioso proceso de enunciación: conmutando desvío rebelde en poder inventivo: recreando tu mundo en la página en blanco» (*Juan*, 126).

Recuperar para la expresión literaria su plena, absoluta libertad es el camino obligado de toda radical subversión de valores. «Sacrificando» el referente a la verdad del discurso, todo lo que implique negación demoledora del orden de la vieja moral histórica puede entrar en lo que sería modelo sustitutorio, venga aquella negación de donde viniere y por más que se constituya en mezcolanza desordenada de los más variados retazos de las más opuestas ideologías. Tratándose, en efecto, de una opción de ejercicio del más omnímodo poder de la libertad, se carece en absoluto de toda norma indicadora, de toda prescripción que eí buen sentido, el recto sentido (si es «bueno» y «recto», lo es en función del orden que se pretende sobrepasar) o la historia imponen: «saltarás al futuro verbal: ¿prescripción, obligación, certidumbre?: modalidad subjetiva en cualquier caso: sin el aval de la tercera persona del aoristo propia de la enunciación histórica y su lustroso barniz de verdad» (*Juan*, 231).

No basta aludir a la fuente anarquista del programa propuesto, pues ello sería circunscribir la oportunidad del momento escogido como aparición de la plena libertad a una tesitura ideológica que es, por ello y en cuanto tal, ordenación racional estatuida en virtud de unos presupuestos doctrinales. Todo ha de ser mucho más sencillamente radical. Ha de limitarse a una declaración cuya consistencia es imposible justificar por no poder acogerse a unas categorías conceptuales viciadas por su pertenencia al orden de lo lógico-causal.

Simplemente, se propone una opción a la que cada sujeto ha de entregarse por sí mismo y de un modo total como ejercicio de una libertad sin límites que sobrepasa, anulándola, toda estratificación social en una «sociedad fraternal, sin grados ni jerarquías» (*Juan*, 236); donde eí concepto tradicional de autoridad se diluye en la activa muestra —¡la más igualitaria de todas!, por supuesto— de aquellas «partes recoletas del cuerpo que, a pesar de su noble función fisiológica, un arraigado, ancestral prejuicio nos había enseñado a desdeñar» (*ibid.*, 239), con todas sus consecuencias (*ibid.*, 241-242; 1); donde se instaaura el reino del ocio y donde se hace responsable a la sociedad (9) de los delitos de los individuos (*ibid.*, 245 ss.).

---

(9) Mixtificación del intelectualismo (lógico) socrático. Sólo sobre la base de este (o análogo) intelectualismo antigoytisolano podría pensarse en pedir el castigo de la sociedad.

Y todo ello en el marco general de un código constituido, sólo de modo negativo, por los antivalores de la moral tradicional y donde toda gradación axiológica, estilo Nietzsche, quede igualmente superada. Es el triunfo de lo nefando, lo indecible: el reino de King-Kong, el monstruoso gorila venido de la salvaje Africa. En el nuevo reino, el placer inmediato queda constituido en regla suprema que hará desaparecer todo constreñimiento y norma para establecer la glorificación del cuerpo humano, no como objeto estático de contemplación sino como operatividad dinámica que se traduce en las más variadas facetas que poseen, sin embargo, como denominador común la exaltación gloriosa de la actividad *fisiológica* de lo corpóreo-humano (*Juan*, I).

La libertad es un proceso cuyo origen estriba en la posición originaria de la más absoluta igualdad entre todos los miembros de una sociedad. Proceso igualitario, sin embargo, que no puede conseguirse más que en la afirmación del valor absoluto de esa igualdad humana, en sí y por sí concebida, sin recurrir a ninguna apoyatura extrínseca a lo humano mismo. Todo hombre tiene un *cuerpo* esencialmente idéntico al de los demás y cuyas funciones vienen impuestas por la naturaleza en un mismo e idéntico sentido. Sólo en función de su cuerpo, los hombres tomarán conciencia de su pertenencia a un mismo conjunto. Únicamente las funciones corpóreas desentrañan las exigencias totales del concepto de igualdad y, por consiguiente, de la libertad innegable e irrefutable, puesta en virtud de la naturaleza humana.

En la asunción total, incondicionada, de las exigencias de nuestro cuerpo, hallará el hombre su libertad. La civilización y la tradición, sin embargo, se han venido ocupando de encubrir aquellas exigencias corpóreas, sirviéndose de la cultura y el lenguaje para establecer una sociedad estratificada, des-igualitaria y, en consecuencia, esclava, en la que la servidumbre ideológica sea consustancial a la lengua y el orden de lo racional que se instauran por encima del lenguaje de lo corpóreo al que, sublimándolo, niegan: «a su espíritu de autoridad y jerarquía, fundado en prohibiciones y leyes, opondréis la subversión igualitaria y genérica del cuerpo parado, desnudo» (*Juan*, 88; cfr. *Reiv.*, 152-53).

Hasta ahora, todas las revoluciones históricas tendentes a introducir la ideología igualitaria han fracasado por no haber caído en la cuenta de la exigencia incondicionada, inmediata, de que la fundamentación única de la igualdad natural de los hombres pasa necesaria y exclusivamente a través de las exigencias del cuerpo humano. Acudir a estructuras económicas, industriales, ideológicas, para establecer aquella igualdad absoluta no es más que utopía y sueño vano que ponen

de manifiesto la contradicción de subordinar el lenguaje de lo natural-corpóreo al metalenguaje formalizado de lo mediatizado-institucionalizado en estructuras sociopolíticas y económicas. Acudir, por el contrario, al lenguaje-inversor de estas categorías, es liberar la raíz última de esta opresión, introduciendo la nueva expresión, aquella que se funde y confunde —ella misma— en la indecible prescripción de lo reprobado: «paraíso, el tuyo, con culo y con falo, donde un lenguaje-metáfora subyugue el objeto al verbo y, liberadas de sus mazmorras y grillos, las palabras al fin, las traidoras, esquivas palabras, vibren, dancen, copulen, se encueren y cobren cuerpo» (*Juan*, 234; *vid. ibid.*, 97).

## VI

El planteamiento de Goytisolo acerca de la función del lenguaje encuentra su referente concreto en la lengua castellana como expresión de un contexto sociopolítico, de unos valores determinados y de una tesitura cultural que constituyen los tres elementos clave de la destrucción que Goytisolo pretende llevar a cabo. Estos elementos han de ser sometidos a la persecución implacable y devastadora que, proveniente del más-allá africano, haga tabla rasa de lo establecido para posibilitar el nuevo programa que, por encima de toda raíz histórica, dará origen a la más revolucionaria de las opciones.

Como dijimos anteriormente, ni existe ni se busca justificación lógica para el paso que se pretende dar. Únicamente se ofrece como postulado el proceso de identificación general entre las expresiones del tipo «civilización», «establecido», «ficticio», «interesado». En su aplicación concreta a nuestro país, todo ello encuentra su fundamentación en la lengua del siguiente modo: la lengua castellana es la expresión de una ficción cultural establecida (y, por tanto, impuesta) en función de unos intereses concretos de dominio.

Nada hay en esa lengua que sea digno de ser mantenido ni salvado de la destrucción de lo africano-irracional, porque toda expresión castellana es reflejo de una ficción que dota al lenguaje natural-ordinario de unas implicaciones falaces, distorsionadoras de lo real.

A través de su lengua, Castilla ha hecho de su paisaje hosco, seco y rocoso (*Reiv.*, 140-46, 162, 189-92, 82) el marco adecuado del reprochable y ficticio carácter del caballero español (*ibid.*, 174-75). Es la misma lengua que ha mixtificado los valores históricos dotándoles de un contenido ajeno a su realidad primigenia (*ibid.*, 136-38), convirtiendo así la historia en recurso lingüístico que reduce la verdad histórica a juego de intereses: «jínclitas figuras históricas, recursos inagotables

de la lengua!: ¡efluvios éticos, paisajes metafísicos, a mí, a mí!» (*ibid.*, 179-80).

Todo lo cual no habría llegado a ser, de hecho, posible más que en la autoconstitución de la lengua castellana como manifestación de un orden cultural que falsea sus orígenes en beneficio de instituciones sociopolíticas concretas que, a través del lenguaje, anulan el orden natural y originario de los términos cuyo uso imponen: «el método evolutivo y paciente de influir sobre la realidad repugna a vuestro Séneca, que quiere ahora mismo y sin más tardar, por el solo imperio de su voluntad y poder, que el mal desaparezca y todo se sujete a la fórmula contundente de sus palabras» (*Reiv.*, 118 ss.).

Con ello se crea una alucinación colectiva que hace de las costumbres impuestas monumentos nacionales de la expresión de un orden conceptual-especulativo cuya sistematización doctrinal consagra las falacias lingüísticas propias no sólo de la falsificación de la tradición española sino, también las propias de toda filosofía (*Reiv.*, 199-200; 112).

Las denuncias de la aniquilación de lo originariamente valioso en aras de la «palabrería senequista» (10) no pueden llevar más que a una conclusión: «desde los polvorientos estantes de la biblioteca cuatro siglos de castellana podredumbre te contemplan» (*Reiv.*, 158). Ello, sin embargo, no es más que el producto final de aquel proceso por el que la lengua castellana se hace máscara y disfraz de lo humano-natural.

Falta, empero, en este proceso el hacer referencia, por nuestra parte, al tema de lo religioso que es para Goytisolo el símbolo por excelencia a destruir dado que el esquema axiológico de la fe es concebido por Goytisolo como el substrato básico de la alienación opresora de toda cultura racionalizada y, más en concreto, de la cultura española. Frente a la religión, por ello, caben todas las posturas que contribuyan a la aniquilación del ámbito de lo sagrado. Desde la burla (*Reiv.*, 158) al remedo sacrílego (*ibid.*, 231-33; 163-66) pasando por la blasfemia (*Juan*, 20 ss.). La esfera de lo religioso es, para Goytisolo, la fuente que proporciona al lenguaje su función represiva y desvirtuadora de lo real.

La denuncia de los valores religiosos y de su semántica peculiar es la denuncia de la expresión represiva de las exigencias naturales a las que enmascara en un contexto semántico que anula lo corpóreo

---

(10) Obsérvese cómo el lenguaje «senequista» (en la obra de Goytisolo) puede transformar la función *terapéutica* (*Reiv.*, 118-19), en que la filosofía analítica del lenguaje, al modo del último Wittgenstein y sus seguidores anglosajones, hace consistir la misión del quehacer filosófico. Transformación que se produce al explicitar unos intereses concretos, sirviéndose de la pretendida neutralidad del formalismo lingüístico.

en el estrato supraterrrestre del *espíritu* (*Reiv.*, 81) y, remedando el placer corpóreo, lo convierte en vacío discurso (*Juan*, 70-71; 199). Castilla, en definitiva, es su lengua; ésta es la civilización que se nutre de un sistema expresivo-conceptual religioso; civilización, por último, en el contexto occidental, se convierte en represión anuladora de lo humano. De ahí la necesidad de establecer el lenguaje de la liberación, del cuerpo y del placer; el anti-lenguaje (*Reiv.*, 173-74) de la tradición (*Juan*, 82-89).

Aniquilar (en la metáfora del traidor) las estructuras más íntimas y primarias de la lengua establecida se convierte, por ello, en la urgente misión del artista-profeta de la destrucción, «dueño y señor de cosas y palabras» (*Juan*, 119): «¡sólita epifanía del verbo!... ciñendo la palabra, quebrando la raíz, forzando la sintaxis, violentándolo todo» (*Reiv.*, 85), «seguirás el ejemplo del alarife anónimo y extraviarás al futuro lector en los meandros y trampas de tu escritura: alzarás bloques de piedras sonoras, las substraerás a la tiranía del razonable uso...: investido de los poderes sutiles del mago, pondrás tu imaginación al servicio de nuevas e insidiosas arquitecturas cuyo sentido último será el del aleve callejón fesí: captar al intruso ingenuo, seducirlo, embaucarlo, envolverle en las mallas de una elusiva construcción verbal..., enseñarle a dudar» (*Juan*, 145-46).

## VII

Si hemos de decir algo en torno a las propuestas del «último» Goytisoló, es forzoso reafirmar la viabilidad del intento de explicitar, sobre la base de coordenadas puramente lingüísticas, las superestructuras ideológicas que constituyen la carga conceptual de un lenguaje cualquiera. El planteamiento formal del tema goza de una justificación lógica irrefutable, dado que el escritor-artista opera con expresiones, no con los objetos mismos (en su propia y genuina consistencia) ni con estructuras objetivas de lo real.

Operar con hechos y estructuras objetivas es labor, a diferentes niveles, del técnico y del político. Ni siquiera del científico, pues éste también se sirve fundamentalmente —exclusivamente— de teorías *interpretativas* de la realidad, lo que, en última instancia, no es más que servirse de un aparato lingüístico como estructura de un cierto orden conceptual.

Resultaría, por ello, superficial el detenerse en el Goytisoló que refleja la función de una lengua concreta (la castellana) en su relación

con unas formas socioculturales sólo coyunturalmente relevantes. El programa de Goytisolo únicamente tiene sentido si es capaz de ser asumido en una generalización lo suficientemente amplia como para poner en evidencia la intercorrelación entre el estrato lingüístico y el sociocultural y desvelar el latente peligro de posibles anomalías semánticas que esta correlación conlleva en cualquier lenguaje dado.

Todo escritor, todo artista, en efecto, descubre en el lenguaje dado su propia capacidad de renovación, su necesidad de desembarazarse de prejuicios que el uso y el tiempo imponen y que hacen de todo lenguaje un factor potencial de celadas encubiertas: «las palabras son nuestras herramientas, y, como mínimo, debiéramos usar herramientas pulidas: debiéramos saber qué significamos y qué no, y debemos estar prevenidos contra las trampas que el lenguaje nos tiende» (11). De ahí que el artista no se conforme con la mera combinación repetidora de enunciados dados sino que intente incesantemente re-vivificar la pujanza de lo lingüístico mediante la inserción en él de relieves originales de sentido: «lo que hay de azaroso en la comunicación literaria, lo que hay de ambiguo e irreductible a la tesis en todas las grandes obras de arte, no radica en un defecto provisional de la literatura, cuya superación podría esperarse, sino que es el precio que hay que pagar por tener un lenguaje conquistador, que no se limite a enunciar lo que ya sabíamos, sino que nos introduzca en experiencias extrañas, en perspectivas que nunca serán las nuestras y nos desembarace al fin de nuestros prejuicios» (12).

Pero si el método elegido por Goytisolo es la plasmación de un ideal que nos parece el camino más acertado para la realización de la obra artística, no podemos decir lo mismo del substrato ideológico que anima la revolución lingüística que Goytisolo propugna.

Los límites de este trasfondo conceptual ya habían sido propuestos con anterioridad, en el momento en que Freud estableció las coordenadas generales dentro de las cuales se mueve el planteamiento del programa de Goytisolo. Es bien sabido, en efecto, que, para Freud (13), «placer instintivo» y «civilización» son términos antagónicos, de tal manera que la renuncia al instinto es el precio que ha de pagar todo individuo al que se llame «civilizado». Por ello, cualquier persona individual es, en principio, un enemigo virtual de la civilización. Toda sociedad civilizada dispone de sus propias instituciones encaminadas a reprimir la satisfacción de los impulsos instintivos pla-

---

(11) Austin: *Philos. Papers*, VIII. En la vers. espñ. (Rev. de Occidente, 1975), p. 174.

(12) Merleau-Ponty: *La prosa del mundo* (Taurus, 1971), p. 139.

(13) No está de más recordar aquí que Freud pensaba que la interpretación psicoanalítica había de seguir los modelos hermenéuticos de la investigación filológica.

centros de los individuos que componen la sociedad (14), bien entendido que, siendo estos instintos primitivos genéricamente los mismos en todos los hombres, la represión del Super-Yo afecta a todo individuo.

La sociedad civilizada, en definitiva, es esencialmente inhibidora de la potencialidad del Ello. El individuo se ve, por ello, impotente frente a las estructuras dadas. Ante esta situación, la sociedad busca una legitimación de sí misma y que concreta en la justificación ideológica de sus propios supuestos. Para ello —sigue Freud—, la tradición del mundo civilizado ha venido imponiendo unos condicionantes doctrinales férreos que conducen al establecimiento de una serie de valores absolutos que constituyen el contenido del universo de discurso de la moral y la tradición, universo de que se sirve la sociedad para perpetuar sus estructuras y al que ha de acomodarse toda expresión que pretenda ser considerada como socialmente valiosa. Estas prescripciones morales y de la tradición no son determinantes de la realidad, sino ficciones o «ilusiones» que tienden a hacer admisibles para los individuos las renunciaciones básicas y fundamentales que se les imponen, al tiempo que sirven como papel racionalizador de la autoridad y el poder constituido. Explicitar la génesis de las instituciones del poder y de las funciones de la ideología («ilusiones») se convierte, por ello, en el problema básico del hombre civilizado que busca su liberación.

La obra del «último» Goytisolo no es más que una ejemplificación concreta de las tesis generales de Freud y, por consiguiente, la admisión o rechazo de aquel programa estará en función de las coordenadas doctrinales freudianas al respecto. Goytisolo aplica a la sociedad española de los años sesenta lo que Freud había dicho de toda sociedad de nuestros días: que no permite la satisfacción de la sexualidad humana más que con miras a la reproducción de una prole legítima, por lo que toda sociedad civilizada ha de contar con unos medios políticos represivos que entran en conflicto con la libertad del individuo y para cuya legitimación pone en juego unas superestructuras ideológicas.

Pero aparte de ello, el criticismo radical de que Goytisolo hace gala no es, en última instancia, sino una muestra más de lo que precisamente el novelista pretendía rechazar en la lengua dada: la renovación del ideal romántico de la utopía de un mundo nuevo, sin raíces, lo cual no es sino una velada forma de negarse a dotar de sentido renovado y vivificante a las estructuras (lingüísticas) de la realidad. De este tipo de criticismos absolutos Marx había dicho que, más allá de su

---

(14) *Obras completas* de Freud (The Hogarth Press, 1967), XXI, 5 y ss. Para no repetir citas, nos apoyaremos, en nuestra breve exposición de Freud, en el tomo citado, especialmente pp. 10 y ss., 52-55 y ss., 89 y ss.

apariciencia, sólo buscaban una nueva interpretación de la realidad y, por tanto, una aceptación real de ella.

Como culminación de esta postura, Goytisoló parece convencido de que la función del escritor se detiene en la mera denuncia que muestre la ruptura con los planteamientos lingüístico-culturales precedentes. Ello, sin embargo, sólo tiene sentido desde un plano estático, ahistórico, que no tiene en cuenta las exigencias dinámicas de la realidad de la lengua.

Las tesis lingüísticas de Goytisoló ponen gratuitamente entre paréntesis el aspecto diacrónico del lenguaje y su condición de estar inexorablemente condicionado por las leyes de la historia y de la temporalidad. Goytisoló cae en el error de pretender un nuevo lenguaje, sin raíces, autónomo, incompatible con toda historia y que haga que el pasado quede anulado totalmente en aras del código que él propone. Este intento, sin embargo, es un recurso artificial, válido sólo en aquellas obras artísticas que (caso de la pintura) se fundamentan en una atemporalidad consciente y deliberadamente buscada. En el campo del lenguaje, ello es imposible porque la palabra es revelación histórica, pasado continuamente presentificado y toda nueva superación de sentido lo es si y sólo si se realiza a base precisamente de aquel pasado: «porque el hombre que escribe, si no se contenta sólo con continuar la lengua recibida, o con volver a decir las cosas ya dichas, tampoco quiere reemplazarla por un idioma que, como el cuadro, se baste a sí mismo y se halle cerrado en su propia significación. Quiere realizarla y destruirla al mismo tiempo, realizarla *destruyéndola* o destruirla *realizándola*. La destruye como palabra hecha del todo, que ya no despierta en nosotros más que significaciones languidecientes, ni logra ya hacer presente lo que dice. Pero la realiza, puesto que la lengua dada... no está allí como una enemiga, sino que por el contrario se halla toda ella *dispuesta* a convertir en adquisición lo nuevo que el escritor significa» (Merleau-Ponty, o. c., 151-52).

Gracias a esta peculiar naturaleza dialéctica de lo lingüístico, si un lenguaje determinado tiende a la cosificación y al falseamiento de la realidad (bien por las presiones de una sociedad interesada en ello o bien por sus propias leyes de evolución interna), no basta con pretender excluirlo absolutamente (pretensión, por lo demás, vana: el lenguaje es nuestro mundo y no nos podemos desprender, sin más, de él como de un fardo molesto). Lo que se impone como tarea inexcusable del escritor es hacer que aquel lenguaje consiga ganar, continua, renovadamente, su posición viva. Toda nueva propuesta lingüística, por otra parte, consta de elementos que no son sino conceptos

derivados y ya interpretados lingüísticamente desde el plano de la lengua que se pretende renovar o descalificar. El recurso al lenguaje impone esta servidumbre que es, al propio tiempo, la nobleza de la tarea del escritor. Decía al respecto Merleau-Ponty que «la idea de un lenguaje posible se forma y se apoya sobre el lenguaje actual que hablamos» (o. c., 41).

A pesar de la burla de Goytisolo, es cierto que siempre «nos queda la palabra» (*Reiv.*, 193), pero no en la quietud de regladora absoluta sino como tarea a incorporar y vivificar en significados reales. Como ejemplo de esta tarea, la lengua nacida en Castilla no se disuelve ni se anula (tal como piensa Goytisolo: *Reiv.*, 194-195) en las flexiones innovadoras de los pueblos iberoamericanos, sino que —por el contrario— al transformarse en estas modulaciones, se enriquece de hecho. La lengua que es capaz de asumir su propia autodenuncia, renueva sus potencialidades vivificadoras. Potencialidades que al escritor compete hacer efectivas a través del trabajo artístico incesante de insertar lo lingüístico en la realidad viva, desprendiéndolo de las ataduras que impiden la expresión de lo originariamente efectivo y que Goytisolo tan apasionadamente ha denunciado.

SERAFIN VEGAS GONZALEZ

Ginzo de Limia, 5, 10.º  
MADRID-29